

LA GRACIA PASCUAL

6º 7º

La Gracia Pascual consistía en que, en la noche de Pascua en Roma, se encendía un gran cirio, y mientras éste ardía, el emperador concedía su gracia a todo aquel que confesara libremente una transgresión merecedora de muerte; también estaba prohibido, bajo pena de muerte, impedir a alguien que quisiera invocar la Gracia Pascual el viaje a Roma. Sin embargo, nadie cuya causa estuviera ya ante los tribunales o hubiera sido probada podía acercarse al cirio, de modo que para obtener la Gracia Pascual se exigía una confesión de total voluntariedad.

Antonia, después de la hora del juicio conyugal, había abandonado con sus padres la casa de Cäsarius, su esposo. Cäsarius deliberó consigo mismo durante varios días, y luego redactó un escrito de acusación, que firmó con su nombre y sello. En él se describían las acciones de su mujer, y luego se añadía que Cäsarius, por respeto al nombre del emperador, no le había impedido el viaje a Roma, aunque le era evidente que ella pensaba invocar la Gracia Pascual de manera abusiva. Pues había concebido esa intención por consejo de su madre solo después de que él la hubiera convencido de sus faltas, que ella, sin embargo, seguía negando.

"Creo", escribe, "que es necesario que estas cosas las sepa Su Majestad para que decida si aquí puede tener lugar la concesión de la Gracia Pascual".

Con este escrito viajó Cäsarius a Roma y se dirigió en la vigilia pascual a la iglesia de San Juan Bautista en Letrán, que es llamada madre de todas las iglesias. Llegó muy temprano y buscó enseguida un lugar en el interior de la iglesia, no lejos del lugar donde, ante el trono imperial, estaba el cirio de la gracia aún no encendido; pues temía que después no podría abrirse paso entre la gran multitud. Cerca estaba también la mesa preparada para el escribano imperial, que entregaba las cartas de gracia y debía anotar los nombres de los transgresores en un libro, para que después se pudiera escribir a sus lugares de origen que debían ser obligados, sin persecución, a la reparación.

La gigantesca iglesia, en la que poco a poco se congregaba el pueblo, estaba apenas iluminada, y la penumbra aumentaba aún más la sombría tristeza y la muy violenta excitación de Cäsarius.

Finalmente, se apagaron las últimas velas de la iglesia, la puerta de bronce se abrió, y lentamente entró desde el atrio la procesión cantando con el fuego recién bendecido. También el emperador y sus más altos paladines iban en la procesión. En la negrura, como de sepulcro, no se veía nada más que la diminuta luz vacilante en la mano del diácono que avanzaba. Y así se hizo todo según los ritos, hasta que el gran cirio pascual, enhiesto, fue encendido. Sonó fuerte el pregón pascual, y así como entre los fieles la noticia de la Resurrección se había propagado de uno a otro, así corrió ahora el fuego del cirio pascual, de una luz a otra, hasta que toda la iglesia floreció en claridad, esplendor y alabanza pascual. Solo el cirio de la gracia permanecía aún sin llama.

Terminada la misa, el emperador se levantó de su trono y, con su manto de oro, se dirigió al cirio pascual. De este tomó fuego con una pequeña astilla de madera olorosa, fue, con ésta ardiente

bien alta sobre su cabeza hacia el cirio de la gracia y lo encendió, como señal de que quería ejercer su gracia desde la riqueza de gracia del Resucitado.

En ese momento se abrió la puerta lateral, y desde el oscuro patio del palacio llegó la larga procesión de los transgresores. Iban de dos en dos y descalzos, muchos con hábitos penitenciales, otros con vestimenta de peregrinos. Hombres, mujeres y también un niño de 7 años, huérfano, que no sabía decir otra cosa sino que había sustraído media libra de pan de especias a un panadero. Sonrieron entonces los clérigos y sonrió el emperador ordenando al escribano que anotara el nombre del niño en su libro para que se cuidara de él y más tarde se le diera un puesto en la administración del tesoro imperial.

Por turno, los solicitantes de gracia ponían su mano derecha sobre el cirio y decían lo suyo, algunos en voz alta, otros con temor y timidez, de modo que a algunos hubo que instarles a alzar la voz. Después se acercaban a la mesa del escribano, y desde allí abandonaban la iglesia por otra salida. Había perjuros y homicidas, envenenadores y madres infanticidas, ladrones de iglesias y salteadores de caminos, y también quienes habían acuñado moneda falsa. Había algunos entre los transgresores que se adelantaban y empujaban a los demás a un lado, impulsados por el temor de que el cirio pudiera consumirse y, por tanto, agotarse la reserva de gracia antes de que les llegara el turno; el cirio era ya de la altura de un palmo y de la altura del lomo de una mula. Pero era de color rojo sangre y tenía la particularidad de que el calor de la llama hacía derretir el rojo y dejaba ver el blanco interior, simbolizando de este modo la concesión de la gracia imperial. El cirio se había consumido ya en una parte, y el apretujamiento de los solicitantes de gracia se hizo más leve, de modo que el emperador pensaba ya en regresar a su palacio y dejar solos a aquellos dignatarios que debían representarle hasta que el cirio se extinguiera.

Cäsarius tenía en la mano el rollo de la acusación y mantenía la mirada fija en la lenta procesión de penitentes que seguía avanzando. Aún no podía concebir otro pensamiento que el del rollo que, después de la confesión de Antonia, quería entregar al emperador. Pero aún no había percibido a Antonia. Esta apareció la última, saliendo de la oscuridad de las columnas, y como si hubiera tenido que vencer una pequeña vacilación.

Entre la gente en la iglesia se había ya instalado el cansancio; pero entonces las cabezas se irguieron de nuevo, y se levantó un murmullo, pues era imposible no quedar impresionado por el brillo dorado a trigo de aquellos cabellos en el que se prolongaba el gran resplandor que había en la iglesia. También el emperador y los que le rodeaban, los obispos y arzobispos, levantaron la vista, y así estuvo Antonia, con su oscuro hábito penitencial y a la luz de sus cabellos, ante cientos de miradas.

Con los ojos elevados hacia el emperador, puso lentamente la mano sobre el fuste del cirio, y no se oyó nada en toda la iglesia sino la respiración de la gente. Por eso se entendió cada una de sus palabras, aunque hablaba con voz queda y entrecortada.

Cäsarius estaba apartado, de modo que Antonia no podía verle. Temblaba, y sus manos se aferraban al rollo como a una barandilla.

Antonia se acusó de adulterio con aquellos hombres que le habían gustado antes de que Cäsarius comenzara su viaje. A esto se produjo un alboroto, de modo que ella, confundida, miró fijamente al fuste rojo del cirio. Entonces vio el rojo que goteaba de la capa exterior de cera, y recordó las horas iluminadas por velas en las que había traicionado a su esposo. La cera del cirio de la gracia cuajaba en variadas formas: vio entre ellas la figura de Cäsarius colgando de lazos de alambre, modelada en cera con irreverente arrogancia. Burlándose y escarneciendo, otro había disparado flechas contra ella, y las lágrimas corrieron de los ojos de Antonia, lentas como gotas de cera.

Hizo una pausa en su confesión, flaquearon sus rodillas, y hubo un instante de silencio. Luego gritó: *"¡He pecado en la cera, no me corresponde a mí suplicar gracia ante la cera!"*. Y sin soltar la mano del cirio, inclinó la cabeza y apagó la llama.

La multitud se asustó. Antonia no lo advirtió. Pálida, con los ojos cerrados, continuó su confesión, pero ahora con voz muy alta, y la gente en la iglesia se horrorizó, aunque había creído estar ya endurecidos por todo lo que habían oído de los otros transgresores.

De repente, se produjo en la iglesia un movimiento, un empujón, pasos rápidos, y se oyeron exclamaciones, unas de asombro, otras de consternación. Antonia no lo oyó.

"Con todo esto he mancillado mi alma", dijo Antonia cuando hubo terminado su confesión de culpa. *"Por eso he apagado el cirio, pues bien sé que la gracia pascual solo puede concederse mientras el cirio arde"*.

Con esto enmudeció y abrió los ojos. El cirio ardía. Ante ella, en el suelo, se consumía algo de lo que se elevaba un tenue humo. Cäsarius estaba a su lado.

Entonces se oyó la severa voz del emperador, que preguntó: *"¿Quién eres tú, y cómo te atreviste a arrogarte mi derecho imperial y a reencender mi cirio de la gracia?"*.

Cäsarius respondió: *"Soy el caballero Cäsarius de Siracusa y esposo de esta mujer, Antonia. Pero el rollo con el que tomé fuego del cirio pascual era el escrito de acusación que he redactado contra ella"*.

El emperador dijo: *"Has obrado correctamente. Pues queremos tener amor a las almas mancilladas; amarlas, como Dios las ama"*.